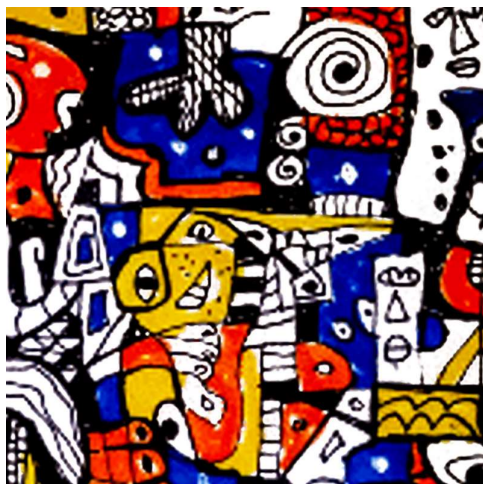




¿Qué buscamos cuando evaluamos?

Aportes de la evaluación formativa, los criterios y la importancia de la retroalimentación

Julia OUTEDA

Asesora pedagógica EPA N° 14 “Martin Luther King”
juliaouteda@gmail.com

Alejandro **FRIEDEMANN**

Asesor pedagógico EPA N° 14 “Martin Luther King”
afriedemann@sanluis.edu.ar

Gustavo **RODRIGUEZ MORTARA**

Asesor pedagógico EPA N° 14 “Martin Luther King”
grmortara@gmail.com

Resumen

La evaluación es un proceso clave en la educación, diseñado no solo para medir el aprendizaje, sino para fortalecerlo y mejorar la calidad educativa. Debe ser vista como una actividad continua que se integra en el proceso de enseñanza-aprendizaje, permitiendo identificar necesidades y ajustar estrategias. La congruencia entre los objetivos de aprendizaje y la práctica evaluativa es fundamental, extendiéndose desde el aula hasta las autoridades educativas.

Es esencial que la evaluación no se limite a resultados numéricos, sino que incluya descripciones y propuestas de mejora. Los docentes deben registrar fortalezas y debilidades, lo que les permitirá ofrecer una ayuda pedagógica efectiva. La evaluación debe fomentar la reflexión sobre el proceso educativo, considerando tanto el desempeño como el progreso individual de los estudiantes.

Un enfoque transformador en la evaluación implica abandonar criterios punitivos y adoptar un enfoque formativo, donde la retroalimentación se convierte en un diálogo que apoya el aprendizaje. La evaluación auténtica, que involucra la creación de productos tangibles, puede resultar más significativa que los exámenes tradicionales.

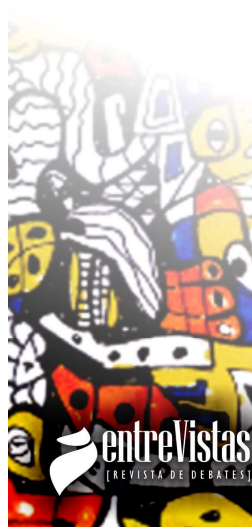
Finalmente, es vital que los criterios de evaluación sean claros y accesibles, promoviendo la participación de los estudiantes en su construcción. Este enfoque inclusivo no solo mejora la calidad de la evaluación, sino que también prepara a los estudiantes para enfrentar sus contextos, haciendo de la evaluación una herramienta para el desarrollo integral y continuo del aprendizaje.

Palabras clave:

Evaluación Auténtica - Retroalimentación - Criterios de Evaluación

Summary

Assessment is a key process in education, designed not only to measure learning but to strengthen it and improve educational quality. It should be viewed as a continuous activity integrated into the teaching-learning process, allowing for the identification of needs and adjustment of strategies. Consistency between learning objectives and evaluative practices is fundamental, extending from the classroom to educational authorities.



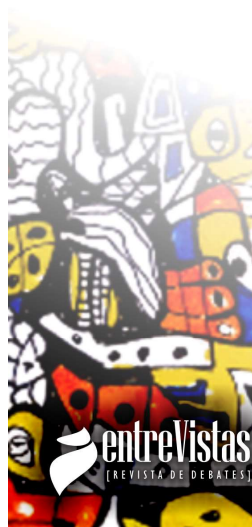
It is essential that assessment goes beyond numerical results to include descriptions and improvement proposals. Teachers must record strengths and weaknesses, enabling them to provide effective pedagogical support. Assessment should encourage reflection on the educational process, considering both performance and individual student progress.

A transformative approach to assessment involves moving away from punitive criteria and adopting a formative approach, where feedback becomes a dialogue that supports learning. Authentic assessment, which involves the creation of tangible products, can be more meaningful than traditional exams.

Finally, it is vital that assessment criteria are clear and accessible, promoting student participation in their development. This inclusive approach not only enhances the quality of assessment but also prepares students to face their contexts, making assessment a tool for comprehensive and continuous learning development.

Keywords:

Authentic Assessment - Feedback - Evaluation Criteria



Agradecimientos

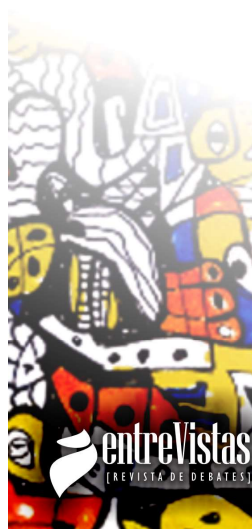
Este trabajo no hubiera sido posible sin nuestros estudiantes, que gracias a su dedicación y entusiasmo por el aprendizaje han permitido comprender aún más el impacto de una evaluación justa, clara y basada en criterios.

Agradecemos su paciencia y comprensión mientras exploramos juntos la importancia de los criterios claros y la retroalimentación efectiva. Ha sido un placer acompañarlos en este viaje educativo, y esperamos que los aprendizajes obtenidos nutran a todos los docentes y estudiantes que así lo requieran.

La evaluación ofrece posibilidades para fortalecer y consolidar los aprendizajes, así como los logros de los objetivos o propósitos en cualquier campo de estudio. La evaluación permite evidenciar cuáles son las necesidades prioritarias que se deben atender y —desde la perspectiva educativa— debe mostrar congruencia entre saber y desempeño, esta fórmula es la que puede encausar a la educación hacia la llamada calidad.

Desde esta visión, se puede afirmar que los alumnos en el aula y el o la docente en su práctica ofrecen varias alternativas que pueden favorecer a la construcción de un modelo de evaluación “congruente”, es decir, entre lo que se debe y lo que se quiere en la educación; pero la congruencia no sólo debe limitarse dentro del aula, sino que debe de llegar a las autoridades educativas. Por tal motivo, la evaluación debe ser considerada como una extensión del proceso enseñanza y aprendizaje y no como un paso más, es decir, una actividad continua, un proceso integrador que genera, desde la reflexión de las experiencias, oportunidades formativas.

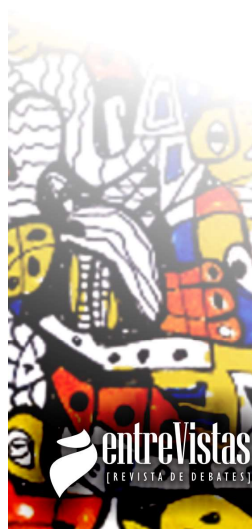
La evaluación es una actividad continua del mismo proceso educativo. Desde el momento en que el alumno ingresa a una institución educativa, durante su estadía y al final de la jornada escolar, proporciona información de su propio sistema de enseñanza, así como el de la escuela, y en conjunto, ambos contribuyen a mejorar el propio proceso evaluativo ya que brindan oportunidades formativas para que, con la información recabada por diferentes métodos, generen conexiones que contribuyan a fortalecer la calidad de su formación, en este caso, el alumno junto con el docente, generan de forma explícita métodos de evaluación más apropiados dentro del aula, fortaleciendo así, la educación y las mismas prácticas pedagógicas. La evaluación



implica que el docente registre las fortalezas, los talentos, las cualidades, los obstáculos, los problemas o las debilidades que de manera individual y grupal se vayan dando para intervenir oportunamente y *“decidir el tipo de ayuda pedagógica que se ofrecerá a los alumnos”* (Coll, 2004). Sin embargo, siempre hay que considerar que la evaluación está en función de los aprendizajes claves del plan y programas de estudios vigentes, así como de la orientación pedagógica del docente frente al grupo, ya que son ellos quienes de acuerdo con el calendario de evaluaciones marcan los momentos y las características de las mismas.

Ahora bien, se destacan dos funciones de la evaluación —y que son de las más relevantes en el ámbito educativo— la primera consiste en comprobar en qué medida los resultados previstos se han alcanzado en relación con los objetivos propuestos; la segunda permite replantear la organización de las actividades. Ruiz (1998) menciona que el proceso de la evaluación se debe entender como un: *“análisis estructurado y reflexivo, que permite comprender la naturaleza del objeto de estudio y emitir juicios de valor sobre el mismo, proporcionando información para ayudar a mejorar y ajustar la acción”*. De hecho, uno de los temas en los que es necesario reflexionar es sobre la estrategia pedagógica del acompañamiento docente y cómo ésta puede permitir generar propuestas significativas que contribuyan a conseguir los objetivos planteados. Es preciso considerarla como un posible insumo para solventar los problemas que se manifiestan y diseñar estrategias de intervención. En este sentido, el nuevo enfoque de evaluación debe dejar atrás las definiciones tradicionales de la misma, ya que ahora los resultados no deben tener ningún efecto punitivo, mucho menos sancionador, sino que, al contrario, deben considerarse como insumos que permitan rediseñar las estrategias didácticas. En la medida que la evaluación educativa se autorregule, mejorará la calidad de los resultados.

Actualmente, la evaluación es un concentrado de evidencias que permiten obtener información valiosa del desempeño de los alumnos en relación con los objetivos planteados. Asimismo, la evaluación como parte del trabajo docente, muestra una secuencia construida a lo largo de un tiempo determinado, es decir, por trimestre, por semestre, o anual. Sin embargo, es importante resaltar que una calificación y una descripción sin propuesta de mejora son insuficientes e inapropiadas para mejorar el proceso de enseñanza y de aprendizaje. El hecho de conocer el progreso del logro de los objetivos planteados, en su primer momento, es beneficioso, ya que la información recabada en relación con los resultados obtenidos permite reflexionar sobre el proceso



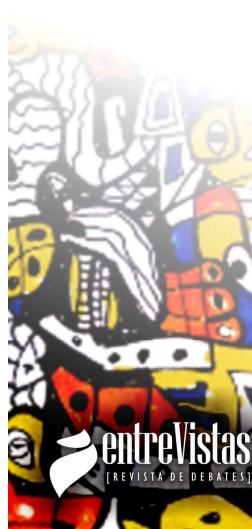
que se realizó. En este primer momento se tiende a darse cuenta de aquello que ha resultado positivo y de aquello que queda por hacer considerando las áreas de oportunidades que brinda la información recabada. En un segundo momento, se valora en qué medida se han logrado los objetivos que se habían propuesto, es decir, la consecución o no de estos, como principio para la toma de decisiones para redireccionar las actividades aplicadas durante la jornada escolar, o bien, fortalecer aquellas que han logrado ser exitosas; es decir, que hayan favorecido la mejora de los aprendizajes de los alumnos. En un tercer momento, se acuerdan si es posible y necesario modificar la metodología que se adapte mejor al proceso, es decir, generar oportunidades formativas en razón a las necesidades e intereses que se identifiquen en la reflexión y valoración del primer y segundo momentos, considerando que la evaluación siempre ayudará a tomar las mejores decisiones a favor de los alumnos.

La evaluación, es sin duda una acción dentro del proceso educativo que ofrece un balance final dentro de un periodo establecido para el logro de los objetivos planteados; es decir, su prioridad radica en conocer el grado, en ese espacio de tiempo concreto, hasta dónde se avanzó, particularmente si ya se tiene un tiempo establecido para rendir cuentas como, por ejemplo, trimestralmente.

Favorecer la evaluación durante la jornada escolar y promover su reflexión es sinónimo de congruencia ya que se reconocen las cualidades y bondades para fortalecer la práctica docente, en este sentido, generar oportunidades formativas convencionales que encaucen la educación a las vías de la calidad.

La evaluación en la educación debe generar una transformación en la manera de percibir juzgar la promoción de los alumnos, así como la forma de tomar decisiones en relación con sus aprendizajes. En este sentido, los docentes pueden generar, desde su praxis cotidiana, alternativas inclusivas de evaluación ya que todos aprenden, y no necesariamente se aprende académicamente en las instituciones, también se aprenden formas para enfrentar el contexto inmediato.

El primer requisito de las actividades de evaluación es el de producir evaluaciones que sean útiles (Patton, 2008). Sin embargo, la utilidad de las evaluaciones es un aspecto que ha quedado relegado en muchos ejercicios de evaluación a favor del rigor metodológico, sofisticados análisis estadísticos, o dimensiones como la validez o la credibilidad que no resuelven el problema de que las evaluaciones no se usen. La



actividad profesional se enfrenta así a un doble reto: fomentar usos apropiados de las evaluaciones y trabajar por eliminar usos inapropiados.

Las evaluaciones deben juzgarse por su utilidad, y se usarán siempre que el fundamento para su uso sea cuidado apropiadamente. Para ello es necesario identificar los grupos “afectados” por la evaluación, sus necesidades y valores; realizar diseños de evaluación adecuados; así como cuidar la oportunidad del momento en que se realiza la evaluación y la disseminación de sus resultados.

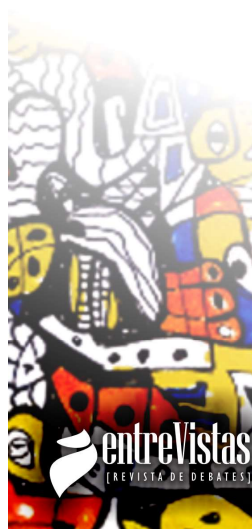
Los evaluadores deben diseñar sus evaluaciones con atenta consideración a cómo todo lo que se hace, desde el comienzo hasta el final, afectará a la utilidad de la evaluación.

Cuando ya se ha identificado aquello en lo que los estudiantes deberán “demostrar” su dominio, lo que queda por hacer es diseñar una forma de evaluación estableciendo el criterio que habrá de utilizarse para determinar hasta dónde han llegado en su aprendizaje.

Se vuelve necesario antes de partir en búsqueda de los motivos del porque evaluamos; es indispensable responder: ¿Evaluar resultados es muy distinto de evaluar aprendizajes?

En diferentes momentos de nuestra trayectoria docente, convivimos con la incertidumbre de evaluar procesos o evaluar resultados. Es necesario reconocer que en esta dualidad habita el motivo más existencial sobre evaluar.

Un estudiante no alcanzó los desempeños esperados, pero realizó un proceso que da cuenta de un gran progreso en sus aprendizajes respecto de la situación desde la que se partió. En contraposición, este otro estudiante alcanzó el desempeño esperado, pero sin mostrar avances de su situación de partida. No se trata de evaluar “lo uno o lo otro” sino ambos. El recorrido de la formación resulta relevante para los estudiantes, para sus familias y para los docentes reconocer donde se ubican en el punto de partida, donde llegaron y cómo llegaron allí. Nuevamente, no se trata solo de la mirada del docente sobre este recorrido, sino de cómo el estudiante, protagonista de su aprendizaje, puede identificar su proceso, las estrategias que le resultaron sus fortalezas- así como los desafíos que debe afrontar. En el centro de la escena de la evaluación, se presenta el valor de los procesos reflexivos de los estudiantes y la puesta



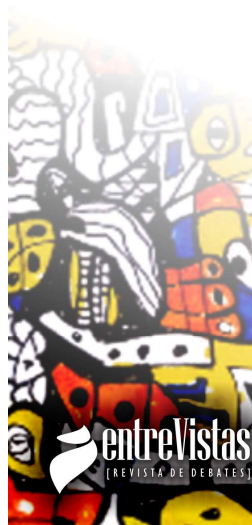
en juego de las estrategias metacognitivas que promueven la autorregulación de los aprendizajes.

Luego de esclarecer, o al menos estar camino a aclararlo, se vuelve necesario repensar los criterios de evaluación que son el punto de referencia que explicitan el enfoque docente; explicitar los criterios de evaluación con anterioridad a las situaciones de evaluación es una de las características fundamentales de la evaluación formativa. De hecho, se proponen además de la explicitación de criterios, construirlos considerando las voces de los estudiantes. Tradicionalmente utilizar y conocer los criterios han sido propiedad exclusiva de los docentes o de las instituciones, y han estado casi siempre ocultos para los estudiantes. En el enfoque de la evaluación del aprendizaje de los estudiantes, habitualmente los supuestos acerca de cómo hacer un “buen trabajo” no se visibilizan: es parte de lo que está oculto en la evaluación. Son supuestos que se caracterizan por ser personales, de cada docente, y no siempre compartidos con otros colegas de una misma institución que pueden tener supuestos o creencias diferentes, y hasta contradictorios entre sí. En este sentido, y avanzando en la idea de sostener la coherencia entre enseñanza y evaluación, visibilizar los criterios de evaluación constituye un apoyo para ese recorrido. Siempre advertimos que no resulta suficiente la intención de comunicar los criterios únicamente al comenzar el trabajo. Los procesos de enseñanza y aprendizaje son situados, las condiciones pueden cambiar, los docentes adecuan sus decisiones acerca de qué enseñar y cómo hacerlo a partir de lo que sucede, contextualizadamente.

De este modo, valoramos el diálogo entre profesores y estudiantes por su potencial para ajustar el proceso de enseñanza y aprendizaje y por la posibilidad de avanzar en procesos reflexivos.

Los criterios tienen que estar disponibles en las distintas actividades que los estudiantes llevan a cabo en la clase, y utilizarlos como guía y al mismo tiempo para autoevaluarse o reflexionar sobre esta tarea.

Como proceso de constante cambio y evolución; es necesario reflexionar y tener presente que en el momento; de valorar el sentido de evaluar y sus criterios; debemos tener presente que la evaluación nunca es un momento estanco y de cierre; todo lo contrario, a partir se debe construir nuevos aprendizajes, debemos retroalimentar inevitablemente este proceso. Pero ¿Qué es la retroalimentación formativa y cómo lo ponemos en práctica?



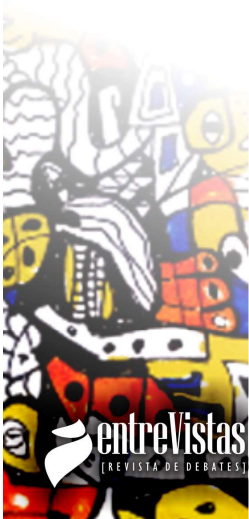
Hay muchas maneras de definir la retroalimentación. Es un concepto que ha ido cambiando a lo largo del tiempo (y por suerte continúa en constante cambio). Antes (inclusive aun en estos tiempos); solo se refería a una devolución, comentario o señalamiento que el profesor le hacía a su estudiante; en estos días se propone que se priorice como *“propósito es articular las evidencias de aprendizaje con los objetivos y con los criterios de evaluación”* (La evaluación como oportunidad, de Rebeca Anijovich y Graciela Cappelletti).

Distintos investigadores como David Carless y cols (2011) definen a la retroalimentación como *“el diálogo necesario para apoyar el aprendizaje”*. John Hattie y Helen Timperley (2007) identificaron el poder y la influencia de la retroalimentación sobre el aprendizaje y el rendimiento de los estudiantes, señalando que tiene que ser clara, útil, significativa y compatible con el conocimiento previo de los estudiantes: sino o se comprende lo que se comparte en la retroalimentación como información; no es posible su impacto en la mejora de los aprendizajes. Desde la perspectiva del estudiante, la información tiene que ser, además, relevante para la siguiente área; hay que ofrecerle oportunidades para que puedan poner en juego la retroalimentación que le ofrecemos. A medida que los y las estudiantes se vean inmersos en una cultura que ponga en el centro las retroalimentaciones formativas, irán mejorando sus aprendizajes; y por consiguiente la dinámica será un hábito que genera nuevas instancias de aprendizaje significativo.

Todo docente reconoce que brindar retroalimentaciones escritas a los estudiantes lleva mucho tiempo, sobre todo en docentes del nivel secundario, donde los docentes tienen varios cursos a cargos y algunas veces varias instituciones en simultáneo. Pero las retroalimentaciones informales, que los docentes ofrecen de manera oral en sus recorridos por las aulas, a través de comentarios, orientaciones, en algunas oportunidades son posibles llevarlas a clases. Inclusive se puede disponer de herramientas digitales; para brindar devoluciones personales, que brinden la continuidad de este proceso.

Esto abrirá la puerta a nuevos caminos, especialmente “rúbricas y protocolos”; pero será un recorrido a repensarnos como actores de cambio.

Una de las alternativas es la de la “evaluación auténtica”. Una evaluación auténtica involucra el desarrollo de un producto tangible que refleje el nivel de aprendizaje. Los productos tradicionales, como ensayos o lecciones orales, pueden ser



auténticos si se los convierte a formatos de comunicación real, como por ejemplo cartas, reportes técnicos, presentaciones públicas, discursos, páginas web, etc.

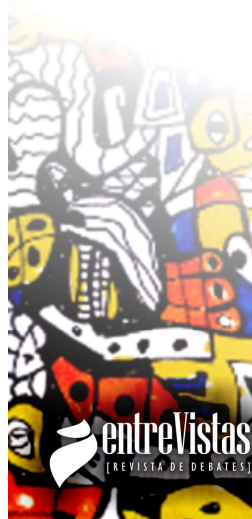
En principio, esto parece sencillo de implementar, pero consideremos las opciones. En una prueba objetiva -por ejemplo, un test de selección múltiple- las respuestas correctas pueden cotejar contra un listado preimpreso y no están sometidas a interpretación. Si bien el alumno no las conoce de antemano, sabe que la corrección no dependerá de ningún análisis personal del evaluador, sino que surgirá simplemente de cotejar lo respondido contra ese listado. En cambio, en una evaluación auténtica, donde el estudiante responde a consignas, incluso cosas tan elementales como cuál debería ser la longitud de cada exposición se vuelven conflictivas.

Es imprescindible, entonces, tanto para acotar el trabajo de corrección por parte del evaluador como para dar seguridad al alumno de que su examen será corregido objetivamente, informar de antemano sobre los criterios que se utilizarán para interpretar la producción del estudiante.

La evaluación en el contexto educativo se presenta como un proceso esencial para fortalecer el aprendizaje y alcanzar los objetivos pedagógicos. No debe ser vista como un mero trámite, sino como una actividad continua e integral que fomente la reflexión y la mejora tanto en alumnos como en docentes. A través de la evaluación, se identifican necesidades, se validan logros y se rediseñan estrategias didácticas para asegurar que la educación sea de calidad.

Es crucial que la evaluación se enfoque en el aprendizaje, no solo en los resultados, promoviendo una cultura de retroalimentación que permita a los estudiantes identificar sus fortalezas y áreas de mejora. Además, debe considerar las voces de los estudiantes en la construcción de criterios, asegurando así que la evaluación sea un proceso participativo e inclusivo.

Finalmente, para que la evaluación sea verdaderamente útil, es necesario que se adapte a las realidades y necesidades de los estudiantes, fomentando un aprendizaje significativo que trascienda el ámbito académico y prepare a los estudiantes para enfrentar su contexto. La transformación de la evaluación en un instrumento de mejora continua es esencial para el desarrollo educativo integral.



Referencias Bibliográficas

- Anijovich, R., & Cappelletti, G. (2015). *La evaluación como oportunidad*. Editorial Noveduc
- Carless, D., et al. (2011). "Retroalimentación para el Aprendizaje". *Revista Assessment & Evaluation in Higher Education*
- Coll, C. (2004). *La evaluación de los aprendizajes: propuestas y reflexiones*. Editorial Graó
- Hattie, J., & Timperley, H. (2007). El Poder de la retroalimentación. "Revisión de la Investigación Educativa".
- Patton, M. Q. (2008). "Evaluación Centrada en el Uso"
- Ruiz, M. (1998). *Evaluación educativa: un enfoque reflexivo*.

